



Visión nocturna de Jerusalem

Los primeros quince siglos de vida del pueblo hebreo están documentados en la Biblia. La historia se inicia con el llamamiento de Abram, probablemente en el siglo XIX a.C.

A este hombre, que obedientemente dejó Ur de los Caldeos y se encaminó hacia Canaán, Dios le prometió a través de un solemne pacto darle una numerosa descendencia, la que llegaría a ser una gran nación, y asimismo hacerle padre de una multitud de pueblos. Como señales de este Pacto Dios cambió el nombre de Abram, «padre exaltado», que desde entonces fue llamado Abraham, «padre de muchos pueblos», y le mandó circuncidarse junto con todos los varones de su casa.

El hijo de la promesa nació de Sara y fue llamado Isaac; Isaac fue padre de Jacob o Israel, y los doce hijos de Jacob fueron los originadores de las Doce Tribus de Israel. Uno de los hijos de Jacob, José, llegó a ser un alto dignatario en la corte de Egipto, y a este país emigró Jacob con su familia durante un tiempo de escasez, hacia 1700 a.C. En Egipto, los israelitas prosperaron y se multiplicaron.

El Éxodo

Empero, cuatro siglos más tarde la situación política de Egipto sufrió un vuelco tal que la vida de los descendientes de Abraham se tornó insoportable. Ante el clamor del pueblo, Dios respondió suscitando un libertador, Moisés, quien pese a la oposición egipcia y en medio de señales y prodigios, guió a su pueblo fuera de aquel país hostil, de retorno hacia la tierra prometida a Abraham. Durante la travesía, en el monte Sinaí, Dios confirmó con los israelitas el Pacto que había hecho con Abraham, Isaac y Jacob, y entregó al pueblo la Ley que desde entonces habría de ser la guía de la vida hebrea en todos sus aspectos. Empero, la obstinada rebeldía del pueblo trajo sobre sí el juicio divino, de modo que ninguno de los que salieron de Egipto —excepto Josué y Caleb— entraron en Canaán.

En la Tierra Prometida

Al mando de Josué, la siguiente generación conquistó la Tierra Prometida a fines del siglo XIII a.C.

El período que siguió a la muerte de Josué fue de anarquía y pecado, de modo que la supervivencia de la nación se vio continuamente amenazada por sus vecinos más hostiles. Fue la época de los Jueces, líderes carismáticos llamados por Dios mismo. En ese tiempo, se repitió una y otra vez el mismo ciclo: pecado del pueblo, sojuzgamiento por una nación pagana, arrepentimiento y liberación providencial obrada por un juez. Con el tiempo, los israelitas requirieron de Dios un rey como lo tenían los otros pueblos, de modo que por indicación divina Samuel ungió a Saúl como el primer rey de Israel. El segundo fue David y el tercero su hijo Salomón; durante el reinado de ellos dos el reino de Israel alcanzó su máximo grado de extensión, poderío y esplendor. David conquistó Jerusalén y estableció allí su capital, y Salomón puso por obra el proyecto de su padre, de edificar en Jerusalén un templo para Yahvéh. Desde entonces la ciudad de Jerusalén y su templo ocuparon un lugar central en el pensamiento y la vida de los judíos.

El cisma

Lamentablemente, el reino unificado de las Doce Tribus apenas sobrevivió a Salomón. La necia actitud de su hijo Roboam precipitó un cisma político que hendió el reino en dos: Judá al sur, con capital en Jerusalén, e Israel al norte, cuyo primer rey fue Jeroboam, quien estableció la capital en Siquem.

El reino del sur quedó compuesto por las tribus de Judá y de Benjamín, y el del norte por las diez tribus restantes. En adelante, se llamó Judá al reino del sur e Israel al del norte, aunque en ocasiones las Escrituras emplean ambos patronímicos en sentido más amplio.

A la ruptura de la monarquía le siguió el cisma y la apostasía religiosa. Jeroboam construyó becerros de oro y estableció lugares de culto en Betel y Dan. En el siguiente siglo su sucesor Omri estableció la capital en Samaria (885 a.C.).

Los reyes norteos fueron casi sin excepción tiranos e idólatras. En Judá hubo, empero, excepciones importantes como las de Ezequías y Josías, cuya reforma religiosa, aunque sincera, no bastó para sustraer a Judá del juicio divino.

Es durante el tiempo del reino dividido que tuvo lugar el ministerio de la mayoría de los profetas escritores, como Amós, Oseas, Isaías y Miqueas. Pese a las advertencias que a través de ellos Dios dirigió a los reyes y al pueblo, el reino del norte cayó para no levantarse más al ser conquistado por los asirios en 721 a.C.

El Exilio

En el reino del sur la Palabra profética fue llevada por Sofonías, Habacuc, Nahúm y Jeremías, y Judá perduró aún por casi un siglo y medio antes de ser conquistado por Nabucodonosor quien, ante la deslealtad de los judíos, destruyó en 587/586 a.C. la ciudad de Jerusalén y el Templo y deportó a Babilonia a buena parte de la población.

Con el país arrasado, la capital saqueada, el templo destruido y la flor y nata de la población deportada, el futuro de los judíos como pueblo singular aparecía extremadamente incierto.

Sin embargo, una vez más la fidelidad de Dios fue mayor que la del pueblo que Él eligió. Así como el exilio había sido anunciado por Jeremías, también se había anunciado que un remanente arrepentido volvería, y que la ruina del templo y la desolación de Jerusalén tendrían fin. Durante la época en la que el culto del templo estuvo por fuerza suspendido, la vida religiosa de la comunidad judía hubo de buscar nuevas formas de expresión. Es por aquel entonces

que, con toda probabilidad, nacieron las sinagogas, que habrían de llegar a ser sitios de culto e instrucción judíos diseminados en todo el mundo conocido. También durante el exilio babilónico ejercieron su ministerio profético Ezequiel y Daniel, quienes recibieron importantes revelaciones sobre el futuro del pueblo de Dios.

El retorno

Cuando en 539 a.C. el imperio babilónico fue destruido por el poder medo-persa, el monarca vencedor, Ciro, permitió a los hebreos retornar a Jerusalén a reconstruir la «casa del Dios del cielo». Liderado por Zorobabel, retornó un contingente de cincuenta mil judíos, que no sin dificultades reconstruyó el templo, el cual fue consagrado en 517/516 a.C. La reconstrucción de la ciudad y el pleno restablecimiento del culto, junto con el rechazo del paganismo y un renovado compromiso del pueblo con el Pacto y su Ley fueron logros de Esdras y Nehemías en el siguiente siglo. El exilio babilónico tuvo las siguientes consecuencias importantes para el pueblo judío:

1. Si bien muchos de los descendientes de los exiliados retornaron a *Eretz Israel*, la tierra prometida, otros prefirieron permanecer en la Mesopotamia (*cf.* el libro de Ester) o emigrar a otros países. A este fenómeno se le llama dispersión, diáspora o, en hebreo, *galut* (exilio). La dispersión de los judíos tuvo como consecuencia que desde entonces ellos ya poblaran todo el mundo conocido; por ejemplo, se sabe que ya en el siglo V a.C. se habían establecido comunidades judías bien organizadas en Egipto.
2. El destierro babilónico, como castigo divino, sirvió para despertar en el pueblo una nueva conciencia de su lla-

mado y elección, así como de la misericordia y fidelidad de Dios, Quien una vez más rescató al pueblo que Él llamó. Esta renovada comprensión de sí mismos y de Dios llevó a los judíos a un firme compromiso con el Señor y Su Ley (Esd. 9-10; Neh. 8-10).

3. La ausencia de rey aumentó la influencia y poder de la clase sacerdotal y de los estudiosos de la Torá, llamados escribas o *soferim*, entre los cuales el ejemplo sobresaliente fue el sacerdote Esdras. La importancia de sacerdotes y escribas se acentuó además porque en ese tiempo dejaron de aparecer profetas inspirados; los últimos profetas fueron Hageo, Zacarías y Malaquías. Desde esta época, comenzó a acumularse y transmitirse una rica tradición oral sobre la Torá.

Bajo la influencia griega

El dominio persa sobre lo que hoy se llama Palestina duró más de dos siglos (539-332 a.C.) antes de sucumbir ante la incontenible fuerza de Alejandro Magno, que llegó a dominar también el Egipto y toda Asia Menor. Pese a lo breve del imperio de Alejandro, las consecuencias de sus campañas fueron perdurables. Desde entonces, el griego devino una lengua común a todo el mundo antiguo, y la cultura griega penetró en todos los pueblos dominados. Alejandro mostró especial consideración hacia los judíos, y cuando fundó la ciudad egipcia que lleva su nombre, emigraron allí muchos judíos, que se multiplicaron y prosperaron hasta ocupar dos de los cinco distritos de la ciudad. En Alejandría el judaísmo de la diáspora produjo monumentos literarios como la primera traducción de las Escrituras al griego, la *Septuaginta* (siglos III-II a.C.), numerosas obras apócrifas y deuterocanónicas, y los libros del filósofo judío Filón.

Tras la prematura muerte de Alejandro, Judea quedó bajo

la influencia de quienes se repartieron el imperio alejandrino: al norte los seléucidas en Siria, y al sur los ptolomeos en Egipto. Debido a la posición estratégica de Judea, el territorio fue objeto de continua disputa entre sirios y egipcios. En todo caso, la cultura helénica se hizo sentir intensamente en Judea entre las clases dominantes, un fenómeno que, por sus connotaciones religiosas, no era bien visto por los judíos más celosos de su fe. Durante todo el siglo IV a.C. el país estuvo bajo la tutela egipcia, pero desde 198 a.C. pasó a ser vasallo de los seléucidas. Por aquel tiempo comenzó a sentirse el poderío de la república romana, lo que limitó la extensión de los seléucidas hacia el occidente; como consecuencia, estos monarcas avanzaron hacia el oriente y, sobre todo, hacia el sur. Aunque inicialmente muchos judíos consideraron la dominación seléucida preferible a la ptolomaica, la ilusión duró poco tiempo. El culto y astuto rey seléucida Antíoco IV «Epífanés» saqueó el templo de Jerusalén con la complicidad del sumo sacerdote judío (en esos años el sumo sacerdocio era acordado por el rey dominante, y por lo tanto con frecuencia caía en manos de inescrupulosos con suficiente influencia y dinero).

Los Macabeos

Más tarde, en un acto de represalia contra los judíos, Antíoco quiso hacer del templo de Jerusalén un santuario pagano, y lo profanó de manera intolerable para los judíos, que se rebelaron encabezados por el sacerdote Matatías, de la familia de los Asmoneos. Los hijos de Matatías llegarían a ser los líderes de una insurrección que, contra toda probabilidad, logró liberar a Judá del dominio seléucida. El primer jefe fue Judas *Macabeo* (el Martillo, o Exterminador), quien tras una exitosa campaña logró recuperar el templo en 161 a.C., y consagrarlo nuevamente a Yahvéh. A Judas le sucedió su hermano Jonatán y a éste Simón.

Mediante una extraordinaria combinación de hábil estrategia militar y astuta diplomacia, que aseguró la amistad de Roma, los asmoneos o macabeos lograron conservar su autonomía sin que el muy débil imperio seléucida pudiera disputársela. A Simón le siguieron sucesivamente Juan Hircano y el cruel Alejandro Janneo, los que aseguraron las conquistas, expandieron las fronteras y forzaron a los conquistados a convertirse a la religión judía.

El yugo romano

Sin embargo, mientras el poder romano siguió creciendo, el judío se debilitó a causa de contiendas internas e intrigas. De este modo, el idumeo Antipáter logró el control del país gracias a sus intrigas palaciegas y a sus buenas relaciones con Roma. Cuando Pompeyo conquistó Judea en 63 a.C., el país devino una provincia romana. Herodes, llamado «el Grande», emuló a su padre Antipáter en astucia política y diplomática, al obtener de Roma el título de etnarca de Judea en 37 a.C., que retuvo hasta su muerte en 4 a.C.

El período intertestamentario: su importancia

Desde el punto de vista cultural y religioso, los tres siglos que pasaron entre el tiempo de Alejandro Magno y los albores de la era cristiana fueron una época de cambio y evolución en la religión de los judíos, donde se manifestaron tendencias diversas y a veces francamente opuestas. Por una parte, algunos judíos admiraban la cultura griega y deseaban incorporarla a su vida.

Entre estos sobresalieron muchos de la clase sacerdotal, y con el tiempo constituyeron el pequeño pero influyente partido de los saduceos. Por otra parte, muchos judíos veían

—no sin razón— al helenismo como una amenaza para la religión judía, y hasta como una franca apostasía de la Torá. Tal posición fue adoptada por los fariseos (*perushim*, «separados»), observadores estrictos de la ley mosaica y de las costumbres tradicionales judías, consideradas tan importantes como aquella. Un tercer grupo, el de los esenios, prefirió apartarse del ritual del templo y aguardar la venida del Mesías ora en comunidades monásticas, ora en zonas urbanas pero aislados del culto común. Finalmente, el judaísmo de la diáspora desarrolló una conciencia misionera que alcanzó su clímax en el primer siglo de nuestra era, con la predicación de la fe judía por todo el imperio romano y un número indeterminado —pero sin duda importante— de conversiones.

La tarea misionera y la vida religiosa comunitaria en general del judaísmo del *galut* fueron posibles gracias a la existencia de las sinagogas, que a principios de nuestra era constituían desde hacía tiempo instituciones bien estructuradas.

El Talmud adjudica la formulación de las principales plegarias del culto sinagoga a Esdras y sus sucesores (siglo V a.C.) y es seguro que en el siglo III a.C. existían ya sinagogas en diversos lugares. Las sinagogas o asambleas religiosas locales judías, con su organización y culto, sostuvieron la vida religiosa y la predicación misionera judías en todo el imperio romano y sirvieron también de punto de partida para la predicación apostólica y de modelo para el establecimiento de iglesias cristianas (y siglos más tarde de las mezquitas islámicas).

La insurrección del año 66

Aunque en general el imperio romano sostuvo una actitud tolerante hacia los judíos y su religión exclusivista, tanto en la diáspora como en Judea, la aceptación del dominio romano de Judea por parte de los judíos constituía una

situación de equilibrio muy inestable. Siempre hubo en Judea una facción decididamente hostil a los romanos, que con el tiempo se hizo más fuerte. Una serie de infortunadas administraciones romanas en Judea desencadenaron finalmente una rebelión judía en gran escala en 66, que requirió de los romanos un esfuerzo militar casi sin precedentes para ser sofocada. Durante esta insurrección Jerusalén fue sitiada y finalmente tomada y destruida, junto con el templo, por los ejércitos romanos al mando del general Tito (año 70).

La desaparición del centro mismo de su culto dio por tierra con las esperanzas judías de redención inmediata por directa intervención divina, y fue un durísimo golpe para la fe judía, la cual sin embargo logró sobreponerse. Con autorización romana, Rabí Yohanan ben Zakkai estableció en Yamnia, al norte de Judea, un centro de estudio, sentando así las bases para el establecimiento de una autoridad centralizada y normativa del judaísmo en crisis. Rabán Gamaliel II, sucesor de Yohanan, reunió en torno a sí un grupo de eruditos que constituyeron un sanedrín o consejo de ancianos que, en continuo contacto con la diáspora, pronto llegó a ser una autoridad reconocida en cuanto al culto, la doctrina y el derecho, lo que posibilitó la supervivencia y el desarrollo de la tradición judía.

«Un período de calamidad política y de depresión espiritual es también uno en el que hay un grave peligro de pérdida del conocimiento tradicional; son asesinados eruditos destacados, hay una disminución del estudio, se dismantelan cuerpos de aprendizaje establecidos –las *yeshivot* o *battei midrashot*– y sus miembros son dispersados. Así, las autoridades centrales [de Yamnia] reconocieron la urgente necesidad de reunir las diferentes hebras de la tradición y de entretrejerlas en cuerpos de material organizado. De este modo, del caos y la destrucción surgió un nuevo orden, bajo la forma de los grandes cuerpos de tradición halájica.»¹

La revuelta de Bar Kojba

Tan exitosa fue la labor de estos maestros conocidos como *tanaítas*, que su obra de compilación sobrevivió sin grandes pérdidas al desastre de la segunda y última gran revuelta judía liderada por Bar Kojba y virtualmente ahogada en sangre por los romanos (132-135). Sin embargo, como consecuencia de este y otros acontecimientos, a partir del siglo III el principal centro normativo de la tradición judía se desplazó a Babilonia, cuyas academias elaborarían el rico material compilado por los *tanaítas* y darían origen al Talmud babilónico. Tras el fracaso de Bar Kojba, la tierra de Israel comenzó a ser llamada Palestina o «tierra de los filisteos», y se les prohibió a los judíos la entrada a Jerusalén, que fue rebautizada con el nombre de Aelia Capitolina.

La cristianización del imperio romano

Con el advenimiento al poder del emperador Constantino (313), y su política pro-cristiana, los judíos debieron enfrentar nuevas dificultades. Las enseñanzas judeófobas de influyentes teólogos orientales como Gregorio de Nisa y Juan Crisóstomo de Constantinopla perturbaron la vida judía en la región oriental del imperio romano. En cambio, en Occidente había por entonces mayor tolerancia, y consecuentemente las comunidades judías crecieron en Europa durante toda la alta Edad Media, a pesar de ciertos actos discriminatorios como los ocurridos en la España visigoda del siglo VII y en el imperio carolingio durante el siglo siguiente. Las quejas en contra de los judíos tenían en Europa un tono mucho más atenuado que en Bizancio, y se referían más bien a la influencia de los judíos sobre las masas de presuntos cristianos, los cuales con frecuencia preferían escuchar la prédica de los rabinos antes que las de los sacerdotes.

En el Islam

El surgimiento del Islam en el siglo VII fue otro hito en la historia del pueblo judío. A pesar del asesinato de muchos judíos en Arabia, y del destierro de los sobrevivientes, en el resto de sus dominios los musulimes conservaron, con pocas excepciones, una actitud tolerante hacia los judíos.

Las innegables semejanzas entre el Islam y el judaísmo llevaron a considerar a los judíos –y al menos teóricamente a los cristianos– como «pueblos del Libro», diferentes de los idólatras. Los sabios judíos fueron tenidos en gran estima por los califas, y contribuyeron significativamente a la cultura islámica, tanto en el oriente como en la España mora.

Fue precisamente en Iberia, un crisol cultural de cristianos, árabes y judíos, donde el pensamiento judío se expresó con mayor altura a partir del siglo X. Los judíos sefarditas (de *Sefarad*, España) hicieron contribuciones perdurables no sólo para el judaísmo, sino para la civilización occidental toda. Allí se escribieron obras como el «Zohar», fundamento del movimiento místico-esotérico llamado *kabbalah*; allí se cultivaron las ciencias médicas, astronómicas y matemáticas; allí se redescubrieron, en sus traducciones al latín, obras clásicas de la filosofía griega, en especial de Aristóteles. Traídas por los árabes, tales obras serían de enorme influencia en la teología escolástica cristiana y por lo pronto, de la mano del genio del judío Maimónides, dieron lugar a una síntesis bíblico-aristotélica.

Los cázaros

Entre tanto, en el otro extremo del mundo conocido, todo un pueblo de origen incierto, los cázaros, se convirtió en masa al judaísmo. La historia de esta conversión, que se confunde con la leyenda, dio la base para la obra *Al-Kuzari* de Juda Halevi. Cuando los cázaros fueron derrotados por

los rusos, muchos emigraron a Europa oriental y se confundieron con los judíos ya presentes allí.

Las Cruzadas

Hacia el siglo X existían por tanto juderías en toda Europa, y la convivencia de judíos y cristianos era pacífica. Tal situación se modificó dramáticamente como resultado de la exhortación del papa Urbano II (1095), que originó las Cruzadas. Predicadas como una Guerra Santa contra los «infieltes» para liberar el Santo Sepulcro de manos musulimes, en su camino hacia Palestina la turba que acompañaba a los nobles la emprendió contra los primeros «enemigos de Cristo» que halló a su paso por Alemania, o sea los judíos, actitud que causó espantosas matanzas e indecibles tribulaciones a los ashkenazis.

La situación de los judíos europeos empeoró desde entonces al tiempo que el poder papal aumentaba. Los concilios eclesiásticos comenzaron a legislar normas discriminatorias antijudías, y a pesar de cierta actitud protectora de autoridades seculares y religiosas, se desarrolló en Europa un sentimiento judeófobo que causó mucho sufrimiento a los hebreos (véase el capítulo sobre judeofobia).

La expulsión de España

Hasta fines del siglo XIV la posición de los judíos sefarditas había sido una envidiable excepción comparada con la de las juderías del resto de Europa. Por ello fue tanto más lamentable la historia de su expulsión. El ambiente ibérico se enrareció durante la larga lucha de los cristianos en contra de los musulimes para reconquistar la península; algunas famosas controversias entre prelados católicos y eruditos judíos agregaron leña al fuego en lugar de contribuir al diálogo y a la

convivencia. Bajo el patrocinio y la supervisión de la Inquisición española, se emprendieron esfuerzos para lograr la conversión forzada de los judíos, asegurar la efectiva observancia de las prácticas cristianas y castigar a los que en secreto siguiesen practicando el judaísmo (los *marranos* o criptojudíos). Al final, los judíos fueron expulsados de España en el mismo año 1492, pocos meses antes de descubrirse América. El 31 de marzo de ese año, los Reyes Católicos Fernando e Isabel firmaron el decreto que emplazaba a los judíos a convertirse a la fe cristiana, o abandonar el país. Los hebreos fieles a su fe se vieron forzados a emigrar al sur francés, a los Países Bajos (luego de su emancipación de España), al norte de África o al imperio otomano.

Durante la Reforma Protestante

El siglo xvi comenzó con el gran cisma de la cristiandad de occidente llamado la Reforma Protestante. Entonces el grueso de los judíos europeos estaba afincado en Alemania, Polonia y otros territorios del este europeo. Durante esta época la comunidad ashkenazi fue la principal conservadora de la vida cultural y religiosa tradicional de los judíos. Con la Reforma, la situación de los judíos en general empeoró en los países que permanecieron fieles al papado, y fue dispar en los territorios protestantes. Por esta época se generalizó la práctica, iniciada en Italia, de confinar a los judíos en barrios especiales o *ghettos*.

Salvo ante actitudes excepcionalmente favorables como la del regente inglés Oliver Cromwell, hasta el siglo xviii los judíos subsistieron en condiciones adversas, aunque en general relativamente pacíficas, en el continente europeo. Ello no impidió el fortalecimiento de la vida religiosa y cultural ya que, forzosamente aislado, el pueblo hebreo buscó en su rica tradición la fuerza para continuar; fue en el siglo xviii que nació el movimiento carismático conocido

como *jasidismo*. Con todo, se estima que la población judía europea decreció notablemente hasta el siglo xviii.

La Iluminación

La Iluminación europea tuvo una actitud ambigua hacia los judíos, debido a la aversión que los racionalistas del siglo xviii sentían hacia el cristianismo. Así, algunos exaltaban el judaísmo para denigrar a los perseguidores cristianos, mientras que otros lo despreciaban para humillar los orígenes cristianos. De todos modos, tras la Revolución Francesa, antimonárquica y clerical (1789) los judíos de Francia fueron proclamados ciudadanos con plenos derechos. Tal situación se extendió, siquiera nominalmente, a los países conquistados por Napoleón en el siguiente siglo. De este modo, y pese a algunas contramarchas, los judíos fueron legalmente reconocidos como ciudadanos con plenos derechos en toda Europa. La nueva situación planteó interrogantes críticos para los judíos: la mejor solución para el problema de la convivencia ¿sería una completa asimilación progresiva a la cultura dominante? O, por el contrario, ¿deberían los judíos adaptarse más conservando su peculiar identidad? Ambas posturas fueron adoptadas. El movimiento iluminista judío o *haskalá* promovió precisamente la adaptación completa a la cultura europea.

El nacionalismo del siglo xix

Sin embargo, el optimismo asimilacionista de los *maskilim* o iluministas no resultó justificado. Las convulsiones sociales, económicas y políticas de Europa durante el siglo xix, y el surgimiento del espíritu nacionalista, generaron una renovada e intensa corriente judeófoba basada no ya en diferencias religiosas, sino en la concepción de los judíos como un elemento

ajeno al ser nacional, un cuerpo extraño e irritante. Por este tiempo un joven *maskil* llamado Theodor Herzl se persuadió de que la solución al «problema judío» consistía en que su pueblo fuese una nación como las demás, con su propio estado y territorio; el sionismo político había nacido.

Entre tanto, la insostenible situación de muchos judíos en Rusia y en Europa oriental dio lugar a una fuerte corriente migratoria, en especial hacia América. En el Nuevo Continente, a pesar de ocasionales manifestaciones discriminatorias, los judíos hallaron un ambiente francamente propicio, en especial en los Estados Unidos y, en menor grado, en la Argentina.

La barbarie nazi

A partir de la segunda mitad del siglo XIX los judíos alemanes fueron sin duda los líderes intelectuales y espirituales del judaísmo mundial. La catástrofe de Hitler resultó por ello doblemente deplorable y sorpresiva, aunque en verdad sus orígenes estuviesen arraigados en la historia remota y reciente. Los judíos fueron los chivos expiatorios de la derrota alemana de 1918 y del desastre económico que le siguió. Hitler capitalizó el orgullo germano y la judeofobia latente y arrastró a la nación más culta y poderosa del mundo a una matanza inaudita.

Como una cruel ironía, la matanza nazi sirvió para despertar una nueva conciencia a nivel mundial. Los judíos han aprendido a mantener una actitud de permanente alerta en contra de cualquier tipo de discriminación arbitraria, como reaseguro de su propio bienestar. Entre los no judíos, organizaciones políticas como las Naciones Unidas, y religiosas, como el Consejo Mundial de Iglesias, repudiaron decididamente la judeofobia.

Incluso la Iglesia de Roma, que durante siglos mantuvo una actitud de abierta hostilidad o velado desprecio hacia

los judíos, en el Concilio Vaticano II mostró un vuelco al afirmar que en virtud de las promesas divinas los judíos son muy amados de Dios, al recomendar el diálogo entre judíos y cristianos, y condenar el «antisemitismo». No es casual que las condiciones necesarias para el establecimiento del estado de Israel se hayan cumplido en la postguerra inmediata, de modo que en la noche del 14 de mayo de 1948 se declaró la independencia de Israel. Desde entonces, y con la ayuda de la comunidad judía mundial, el estado se ha sostenido tenazmente pese a todos los desafíos, y ha progresado hasta devenir, en 40 años, una potencia mundial.

El presente

De cerca de dieciséis millones de judíos que existen en el mundo, más de la tercera parte reside en los Estados Unidos. En Israel hay actualmente 3 600 000 judíos, y en la ex Unión Soviética dos millones y medio. Las restantes comunidades numerosas son las de Francia (700 000), la Argentina (500 000) e Inglaterra (400 000). El resto de los judíos está disperso por diversos países del mundo. Es notorio que la influencia de los judíos en la sociedad occidental está fuera de proporción con su número exiguo. Su relevancia en las artes, las ciencias, la literatura, la economía y la política excede con mucho lo esperable de una comunidad minoritaria.

**APÉNDICE:
SINOPSIS CRONOLÓGICA**

Antes de Cristo

- 1850 Abraham es llamado por Dios a la tierra de Canaán; Pacto, circuncisión, nacimiento y sacrificio de Isaac.
- 1700 Jacob y sus hijos emigran a Egipto, donde José es Primer Ministro.
- 1250 Dios libera a través de Moisés a los israelitas de la esclavitud egipcia. Pascua; entrega de la Ley en el Sinaí; construcción del tabernáculo o templo portátil.
- 1200 Josué guía al pueblo a la conquista de Canaán; sigue un período de anarquía bajo los jueces. El último juez, Samuel, unge al primer rey, Saúl.
- 1047 David establece su capital en Jerusalén, adonde lleva el arca sagrada.
- 1017 Salomón sucede a David y construye el primer Templo de Yahvéh en Jerusalén.
- 977 El reino se divide en dos: Israel al norte (10 tribus) y Judá al sur (2 tribus).
- 920 Acab reina en el norte. Predica de Elías y Eliseo.
- 722 Caída del Reino del Norte, vencido por los asirios. Comienzo del ministerio de los profetas escritores en Judá (Isaías, Miqueas, etc.).
- 609 Predicación de Jeremías, quien anuncia la caída de Judá a causa del pecado.
- 604 Nabucodonosor controla Judá, que pasa a ser vasalla de Babilonia.
- 587 Nabucodonosor destruye Jerusalén y el templo de Salomón y exilia a los judíos; ministerio de Daniel y Ezequiel.
- 538 El rey Ciro, habiendo vencido a Babilonia, autoriza el retorno de un grupo a Judá. Se reconstruye el templo (516). Guía de Esdras y Nehemías; compromiso del pueblo con la Ley. Últimos profetas (Zacarías y Malaquías).
- 473 Ester y Mardoqueo salvan de Amán a los judíos de Persia.
- 332 Alejandro Magno vence a los persas y ocupa Palestina. Helenización; colonia judía en Alejandría.

38

- 167 Antíoco IV Epifanes profana el Templo y persigue a los judíos; revuelta victoriosa de los macabeos y rededicación del templo en diciembre de 164 (*Janucá*). Los macabeos controlan el país; surgen los fariseos, los saduceos y los esenios.
- 63 Los romanos invaden y controlan Palestina; Judea pasa a ser una provincia romana, regida por Herodes desde el 37.
- 6 Nace Jesús. Poco después muere Herodes.

Después de Cristo

- 26 Poncio Pilatos, procurador de Judea. Ministerio de Jesús y los apóstoles. Muerte y resurrección de Jesús (acaecida entre el 30 y el 33). El Evangelio predicado en Jerusalén.
- 66 Gran insurrección judía, que concluye con la destrucción de Jerusalén en el año 70.
- 90 Yohanan ben Zakkai constituye un centro de estudios en Yamnia; ratificación del canon del A.T.
- 132 Comienzo de la segunda rebelión judía, liderada por Bar Kojba y concluida en 135.
- 200 R. Judá Ha-Nasí concluye la redacción de la Mishná.
- 350 Conclusión del Talmud palestino.
- 500 Rav Ashi y Ravina concluyen el Talmud babilonio.
- 612 Mahoma funda en Arabia una nueva religión, básicamente judía en sus concepciones; la nueva fe, el Islam, se extiende a toda Asia Menor y el norte de África.
- 711 Los musulimes invaden España y permiten la religión judía.
- 750 Cisma de los karaitas, que rechazaban la autoridad del Talmud.
- 1096 Primera Cruzada; matanza de judíos europeos, y lo mismo en la segunda (1146). Epoca de oro del judaísmo español: Maimónides, Najmánides, Halevi... Estructuración de la Cábala; pietismo alemán.
- 1492 Expulsión y dispersión de los judíos sefarditas. Poco después surgen los guetos y otras medidas antijudías.
- 1648 Graves persecuciones en Polonia. Falso mesías Sebatei Zevi.

39

- 1700 Nace Israel Baal Shem Tov, fundador del Jasidismo. En el mismo siglo Moisés Mendelssohn sienta las bases de la *haskalá* o iluminación judía.
- 1789 La Revolución Francesa defiende la igualdad de todos los ciudadanos; en 1791 se reconoce a los judíos como ciudadanos con plenos derechos. En el siglo XIX tal reconocimiento se extiende por toda Europa.
- 1815 Reforma litúrgica en Hamburgo, que marca el inicio del reformismo judío. En el siglo XIX, además del judaísmo reformado surgen otros movimientos importantes, como el socialismo judío y el sionismo. 1881. Comienzo de los *pogroms* o persecuciones (antijudías) en Rusia, que continuarían por cuarenta años.
- 1897 Primer Congreso Mundial Sionista en Basilea, Suiza.
- 1917 A través de la declaración Balfour, el gobierno británico apoya la creación de un estado judío en Palestina.
- 1933 Hitler accede al poder en Alemania y realiza la mayor campaña antijudía de la historia.
- 1939 Comienza la Segunda Guerra Mundial, durante la cual los nazis proceden al exterminio sistemático de judíos y de otras «razas inferiores». Salvo la tardía gesta del ghetto de Varsovia (1943) los judíos no oponen resistencia.
- 1948 Tras la conclusión de la guerra (1945) y tras algunos intentos fallidos de solución, el 14 de mayo Israel declara su Independencia.
- 1956 Guerra judeo-egipcia por el canal de Suez.
- 1967 Guerra de los Seis Días. En una extraordinaria contraofensiva, Israel no sólo repele a sus agresores, sino que gana terreno, recuperando toda Jerusalén.
- 1973 Guerra de Yom Kippur; nuevamente Israel defiende su posición.
- 1982 Matanza de palestinos en Sabra y Chatila.
- 1991 Israel soporta sin responder la agresión iraquí durante Guerra del Golfo Pérsico. En un clima tenso y desconfiado comienzan las negociaciones de paz con los árabes.